

Th. Ribot

POR

GONZÁLEZ SERRANO

Excitaciones cariñosas (á las que ningún hombre bien sentido puede negarse) del culto y modesto traductor de esta obra, me obligan á exponer el juicio que he formado, por su lectura, de las ya numerosas publicaciones del ilustre fundador de la *Revue Philosophique*.

Si es cierto, según se repite, que debemos *européizar-nos* y orientar nuestro pensamiento entumecido en el más prolífico de pueblos más cultos; como obra meritoria debemos estimar la del Editor, que publica la versión á nuestra lengua de todos los estudios de Ribot.

Nadie como el ilustre psicólogo, en su primer período, ha contribuído á vulgarizar ideas, que parecían patrimonio exclusivo de algunos, y nadie le ha excedido después en la labor seria y tenaz que continúa, á pesar de que la literatura psicológica supera en cantidad á la de todos los problemas, que estimulan la curiosidad de los pensadores.

Familiarizado Ribot con la cultura filosófica inglesa y alemana, de las cuales hizo exposición fiel y detallada, inspiró sus primeros trabajos (1) en la Psicología inglesa, señaladamente en la tendencia, seguida por Lewes y Maudsley, que añadía al ya antiguo asociacionismo, como

(1) *La Psychologie contemporaine* (École expérimentale).—Paris, 1870. *L'Hérédité*.—Paris, 1873. *La Psychologie allemande contemporaine*.—Paris, 1879.

principio explicativo de la vida mental, la organización fisiológica.

Del movimiento que produjo en Francia y de la influencia que ha ejercido y aún ejerce, desde que fundó la *Revue Philosophique* y se encargó de la cátedra de Psicología experimental, se hallan pruebas sin cuento en sus numerosos discípulos, que hacen gemir sin descanso, con sus publicaciones, las prensas del editor F. Alcan.

Todo este primer período de la labor de Ribot, como propulsor de la Psicología contemporánea, se caracteriza por un empirismo un tanto exagerado, por inclinación bien acentuada á monografías descriptivas y aún por el intelectualismo tradicional, que no corrige Ribot, hasta que se deja influir por Schopenhauer. El positivismo de bajo vuelo, el razonar sin rebasar los límites del sentido común, y, sobre todo, el odio á lo especulativo, que por entonces se hallaba en boga, imprimen á todos los primeros trabajos de Ribot y sus discípulos un sello fragmentario, siquiera logren enriquecer la cultura psicológica, estudiando los fenómenos anormales (Patología del Espíritu) que sirven á veces para explicar los normales, suponiendo acertadamente que en todo desorden existe un cierto principio de orden.

Les Maladies de la Mémoire (1881), *Les Maladies de la Volonté* (1883) y *Les Maladies de la Personnalité* obedecen á este sentido y señalan el tránsito al segundo período, en el cual Ribot comienza á explicar los fenómenos superiores y más complejos de la vida espiritual mediante la observación de los fenómenos rudimentarios y simples. Por donde entra de lleno en la aplicación de la teoría evolucionista á la Psicología con más pruebas y justificantes que el propio Spencer.

Observando los esbozos rudimentarios de la psiquis, utilizando el sentimentalismo que elocuente y sagazmente desarrollaba en sus obras Rousseau, la distinción de Kant de la Razón pura y de la práctica y la idea fundamental de Schopenhauer, libra Ribot el problema psico-

lógico del vicio intelectualista, y reconoce como primarias las manifestaciones de placer y dolor en la vida interior (tan primarias cuanto que regulan el aumento ó depresión de ella), para atribuir á la sensibilidad, quizá exageradamente, una finalidad, que en parte contradicen los hechos. *Centinela de la vida* ha llegado á llamar al dolor un discípulo de Ribot (Richet), y, sin embargo, es indudable que un fuerte malestar físico (dolor de muelas) puede ser sólo indicio de una ligera alteración vital y en cambio una honda perturbación orgánica (enfermedad traidora, cáncer indolente) producir sus efectos desastrosos sin síntomas de dolores agudos.

Ya en este camino, Ribot halla las primeras manifestaciones de los sentimientos más simples solidariamente ligadas á la constitución orgánica, y de ello infiere (pues para él, el sentir y el obrar, no el pensar, es el fondo de todo animal) su célebre *teoría fisiológica*, especie de organicismo dinámico. Tendencias orgánicas son para Ribot casi todas las cualidades que halla en la vida interior, inferencia plagada de dificultades, y á la cual pueden oponerse objeciones irrefutables en lo que respecta á la superioridad jerárquica de la función sobre el órgano (1).

Cuando Ribot dice (2) que los fenómenos sensitivos son sólo *remarques*, síntomas de las condiciones del organismo, único objeto de estudio, mientras el estado psíquico posee únicamente un valor secundario, reincide en las crudezas del materialismo, que cortan, pero no desatan el nudo de las dificultades en problema tan complejo.

Igualmente ilegítima nos parece la ampliación, que, con James y Lange, acepta Ribot de la teoría fisiológica á las emociones, al observar que las más intensas son las que menos se exteriorizan, pues ya dijo el poeta: «son mudos los grandes dolores».

Innegable es que la constitución orgánica ofrece el

(1) V. nuest. *Psic. fisiológica*, pág. 51.

(2) *La Psychologie des sentiments*.—París, 1896.

complejo de condiciones para la producción de los fenómenos espirituales; pero ¿cómo identificar tal condición con la causa?, y aunque ésta se reduzca al todo de las condiciones ¿cómo confundir el todo, la espontaneidad interior, con la adición de condiciones? En la misma obra, á la cual preceden estas líneas, Ribot refiere necesidades, tendencias y deseos á la *espontaneidad*, «término vago, añade, que equivale á una suma, no á una propiedad especial». Pero si se acepta el concepto más empírico, menos especulativo que hasta ahora se dado de la espontaneidad (el de Espinas), como fuerzas almacenadas, la vaguedad del término no se disipa, sino estudiando las cualidades especificadas de las fuerzas en el organismo acumuladas, cualidades que podrán explicar la indiferencia funcional de los órganos, el fenómeno reconstituyente (cicatrización de heridas) y la reaparición de la función, luego que el órgano se cura ó es sustituido, como se observa en los sordos que oyen mediante el epigastrio.

Que así lo reconoce implícitamente el propio Ribot (pues la verdad se impone á todo espíritu sincero) lo denuncia al afirmar (1) que «el tiempo fisiológico, necesario para la manifestación del proceso mental, está en razón inversa del grado de atención», *cualidad* que, si encarna en lo que los fisiólogos modernos llaman *procesos de iteración*, implica un excedente de fuerza y de energía, capaz en cierto límite de moldear la propia constitución orgánica. Claro está que con tan múltiples matices como ofrece la observación nos distanciamos del animismo de Stahl, que declaraba «el alma arquitecto del cuerpo», á la vez que del extremo opuesto admitido por Ribot.

Otra teoría defiende Ribot, con Maudsley, Lewes y Schopenhauer, que se nos antoja errónea é inadmisibile. Acepta como hecho inconcuso que la actividad nerviosa es más extensa que la de la conciencia, la cual sólo aparece en los fenómenos más complejos como especie de

(1) V. *La Psychologie allemande contemporaine*.

epifenómeno ó fenómeno añadido á los más íntimos que allá, en la entraña del organismo conservan la vida. Desde luego ya hace notar Fouillée (1) con su perspicacia característica que al hacer tal afirmación se confunde la conciencia general con la intelectual y reflexiva, y posteriormente Guido Vila en su obra magistral (2) ha refutado la opinión de Ribot, diciendo: «La Psicología entiende por conciencia, más que la moral y la intelectual, el complejo de las manifestaciones psíquicas del individuo y de la especie, lo habitualmente llamado alma ó espíritu y con palabra de uso más reciente «psiquis». Correspondiendo á lo que los alemanes dicen «Bewusstsein» es la conciencia concepto que resume lo denominado por muchos mundo psíquico á diferencia del mundo físico ó de los fenómenos materiales». Hamilton y Janet estiman la conciencia de modo semejante y consideran toda función psíquica como transformación de ella, siquiera á veces quede implícita y sorda, según afirmaba Leibniz (3). Ni es necesario citar más autoridades. Ribot olvida su idea parcial de la conciencia y de la separación que establece entre ella y la vida nerviosa para decir en esta misma obra (Cap. V): «los tres factores, intelectual, emocional y volitivo carecen de valor, si no se hallan unidos y sólo adquieren significación por su convergencia».

La conciencia intelectual, la del yo, es el fin de la evolución consciente; á ella se llega por fases sucesivas, que

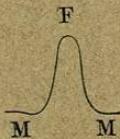
(1) V. *L'Evolutionisme des Idées-forces*.

(2) *La Psicología contemporánea*. Torino, 1899.

(3) A semejante idea de la conciencia no se puede objetar con los denominados estados inconscientes, que son más bien subconscientes. Otro tanto ocurre con el concepto de materia, posibilidad de sensaciones, ya que su consistencia se diluye indefinidamente en el estado gaseoso, en el fluido y radiante y en los fenómenos que se entrevén con los rayos X.

ha señalado Baldwin (1), *de proyección, subjetiva y de exteriorización*. No consiste sin más la conciencia en la percepción de la diferencia y de la relación, que implica necesariamente el sentimiento antecedente ósimultáneo de los términos. Y entre ellos el primero, como dato obligado, con el cual se forma la conciencia de las diferencias, la sensibilidad general y continua, *cenestesia* ó perpetua resonancia de la vida y del organismo. La tonicidad, conciencia vaga y difusa, base de la conciencia individual, á la cual llegamos mediante el tránsito de unas á otras fases de las señaladas por Baldwin, con elementos fijos (los que proceden de la espontaneidad interior) y variables (los que dimanen del medio y de la educación) es lo que Condillac llamaba sentimiento fundamental de la existencia, Maine de Biran sentimiento del esfuerzo y St. Mill *algo real*, tan real como las sensaciones mismas á que sirve de lazo.

Así concebida la conciencia no vale contra semejante concepto la objeción de la existencia de fenómenos inconscientes, que lo son para la última fase, para el término de la evolución, para la conciencia reflexiva, pero no para la conciencia misma, supuesto de toda manifestación psíquica, pues en ella se puede distinguir (como lo hacen ya algunos lógicos ingleses, sobre todo Morgan) el *foco* (conciencia personal del yo) y *las márgenes* (conciencia sorda, punto de arranque para la evolución espiritual) que se simboliza *grosso modo* en una onda movible



suficiente para explicar los fenómenos subconscientes mejor que con la especie de creación *ex nihilo*, que supone

(1) *Le Développement mental chez l'enfant et dans la race*, par JAMES MARK BALDWIN, traduit de l'anglais, par M. Nowry. Paris, 1897.

el epifenómeno (1). En este respecto nos parece la concepción de Fouillée de la idea como síntesis de elementos sensibles y motores superior á la esbozada por Wundt en su *Grundriss der Psychologie*, donde acentúa un dualismo casi incompatible con las observaciones por él mismo aducidas.

Por encima de las críticas y reparos que nos sugiere la lectura detenida de las obras del ilustre psicólogo francés, la empresa por él llevada á cabo es de las que dejarán huella imperecedera en la historia de los progresos de la Psicología contemporánea. El ha contribuido como el primero, con datos positivos, á enterrar el intelectualismo semi-mecánico de la Psicología tradicional; él ha enriquecido el problema psicológico con nuevas y más amplias perspectivas, y, rectificando en parte la crudeza de su empirismo positivista, ha orientado la especulación por caminos más seguros. Ha presentido que la Psicología contemporánea exige, si ha de ser científica, pasar del estado descriptivo al explicativo y si no ha llegado á formular, como Wundt y Fouillée, leyes especiales de la vida psíquica, las deja implícitas en las numerosas observaciones que recoge y expone con claridad y precisión envidiables.

Ha adoctrinado á los suyos, obligándoles á oxigenar su cultura con otras por entonces más elevadas, la ingle-

(1) Según el esquema de Morgan, «la luz de la conciencia (así lo indica A. BERTRAND. *L'Apperception du Corps humain*) ilumina sólo la cúspide y alturas y deja en la sombra el fondo de los valles como el «sol saliente». Pero, siendo la onda movible, lo subconsciente puede llegar á consciente y viceversa y hallar principio explicativo para la legitimidad de la especulación, reconociendo que el fenómeno sugiere, á través de sus apariencias, la idea de lo real en ellas oculta (por el hilo se saca el ovillo), pues el efecto visible denuncia la causa latente. Así, á veces, rayos invisibles, cercanos al espectro iluminado, producen reacciones químicas en los cuerpos sensibles á la luz, y en Astronomía las perturbaciones vistas en un astro, Urano, han revelado la existencia de otro hasta entonces desconocido, Neptuno.

sa y la alemana. ¿Por qué no ha de obtener igual resultado entre nosotros con la traducción completa de sus obras? Anhelar que así suceda me parece un deseo inspirado en un patriotismo verdad.

Patrioterías mandadas recoger de algún filósofo rancio quizá estimarán (ya que las ideas de Ribot no son del todo admisibles aún para los que procuran estudiarle) que un proteccionismo prohibicionista sería más conveniente como si la inteligencia humana no progresara también eliminando errores ó educiendo, según dice Spencer, el alma de verdad que existe en toda idea falsa. Aparte de que en Ribot, como en todo pensador de fuste, si el sistema, lo personal perece; lo objetivo perdura. Pasan los sistemas filosóficos, queda la Filosofía y subsiste inmortal el pensamiento. Teorías y teorías se suceden, pero la disciplina interna y fecunda de la experiencia y de la especulación progresan siempre que hombres, como Ribot, excediendo los límites de lo vulgar, se consagran á ellas y en ellas emplean la flor de sus energías.

U. GONZÁLEZ SERRANO.

PROLOGO